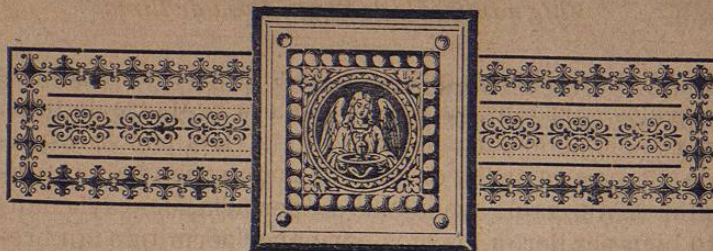


ra soberana. Luego que abrió los ojos y despegó los pesados párpados, reconoció que era la Madre de Dios; pero sólo pudo darla alcance con la vista por la espalda, porque ya se iba desviando como quien había cumplido el amigable agasajo de despertarla. Mas ¡ay! cuanto bien perdieron los ojos por haber permitido tan breve licencia al sueño! ¡Cuanto dolor costó á Rosa aquella vez que la Reina del cielo la negase el rostro por haberse detenido con algo de pereza. Pero no es esto de extrañar, ya que los favores del cielo son muy delicados, y si se pierde la ocasión, se deslizan de entre las manos.

Desde el tiempo en que una vez Cristo, como después se supo, envió desde el cielo á Santa Catalina de Sena y la señaló y dió por Maestra de nuestra Rosa, muy frecuentemente visitó la santa á la querida discípula que tenía en la tierra, apareciéndose á ella visiblemente; de un modo especial mientras se ocupaba en leer la regla de la Maestra seráfica, que después de muchas diligencias la habían enviado de Cuzco por medio y solicitud de Fr. Juan Miguel, religioso lego de la Orden de Predicadores. La recíproca comunicación y trato de las dos vírgenes fué tan amigable y tan frecuente, que al modo que en el rostro de Moisés quedaron vislumbres del trato que tuvo con Dios en el monte por tanto tiempo; así también parece que se trasladaban los resplandores de Santa Catalina de Sena á la cara de Rosa. Estos de tal suerte perfilaron su rostro, que todo el aire y apariéncia eran de una imagen muy bien sacada de la santa, cuya copia y retrato parecía Rosa. Por esta razón comúnmente los limenses la llamaban segunda Santa Catalina de Sena, principalmente después de muerta, cuando puesta en el féretro, pudieron ver más despacio y notar con más libertad el rostro y las facciones de la difunta, que ella siempre ocultaba mientras vivía. Pero de las admirables delicias, favores y agasajos con que la seráfica Maestra obligó y acarició á su querida Rosa, hablaremos más prolijamente en sus propios lugares.



## CAPÍTULO XVII

Goza dichosamente Rosa del trato familiar con su Angel de Guarda. Lucha varias veces con el demonio: queda siempre vencedora.

**P**RUEBA San Bernardo por aquellas palabras del pacientísimo Job: Pones, Señor, en el hombre tu corazón; que los santos ángeles son el corazón mismo de Dios. Tuvo Rosa á su santo Angel, no sólo por custodio, sino por compañero y amigo; y lo que es más, por medianero y agente, que en todo hacía encargos, por secretario de su pecho, por defensor único; para que también por este medio llegase á conocer cuán dulcemente había puesto en ella Cristo su corazón. De aquí nació el tener tan estrecha amistad con su Angel y tanta confianza y llaneza, como si fuera uno de los domésticos y familiares de su casa; hasta llegar á tenerle por correo que llevaba sus recados, cuantas veces su Esposo se detenía sin venir á visitarla á la hora acostumbrada. Entonces con familiaridad hablaba á su Angel, despachábale en busca de su

Dueño, decíale en verso sus deseos, que trasladaba Rosa al lenguaje ordinario, con estas y otras expresiones:

Joven celestial	¿Por qué á Rosa flor suya
Vuela al Criador,	(Inquirirás veloz)
Dile que sin vida	Si es flor del sol, sus rayos
Yo viviendo estoy.	Tarde la muestra el sol?
Dile de mis ansias	Ruégale que apresure
El último rigor:	A mi su inclinación,
Pues vive quien espera,	Su rostro manifieste:
Y espero y muero yo.	Que me muero de amor.

Una noche, cerradas las puertas del huerto, velaba como solía Rosa, en la angosta celdilla que había construido en él. Sintió que de improviso le faltaban las fuerzas; tanto que temió un síncope peligroso. En vista de esto determinó recogerse al cuarto de su madre, comunicando primero esta resolución con el Angel. La madre que de ordinario, tenía la llave del huerto, al abrirla, cuando advirtió en el rostro de su hija señales ciertas de algún desfallecimiento grave, sin dilación, sacando de la bolsa dos reales, mandó á la criada que fuese á la tienda más vecina y comprase azúcar y chocolate, que bebido es muy saludable para esforzar el estómago. Rogábala la virgen con grande instancia que no hiciese por su causa este gasto. Replicó ella: ¿piensas que hay en esta casa siquiera una pastilla de chocolate? Así es, respondió Rosa; pero yo sé que muy presto me la enviarán de casa del contador. Enojóse su madre, y dijo: ó te burlas de mí ó estás soñando, ¿A estas horas quieres que haya quien te envíe chocolate y dispuesto para beberse? ¿Y por dónde ha de haber noticia en casa del contador, que como sabes está tan lejos, que te ha sobrevenido este accidente y que necesitabas de este reparo? Tú, cerrada en tu huerto, no has tenido con quien dar el aviso, ni de esta casa ha salido ninguno que pueda hacer presente al contador tu necesidad y tu aprieto. Volvió otra vez Rosa á rogar á su madre no enviase á la criada, asegurándola con certeza que muy presto llegaría un esclavo del contador con el cho-

colote. Sucedió así, porque estando madre é hija en estos debates, llamaron á la puerta con grandes golpes, y era el esclavo del contador, que pidió abriesen la puerta; porque la mujer del contador enviaba á Rosa chocolate. Luego vieron que descubrió una chocolatera de plata, llena de chocolate. Quedó pasmada la madre; y Rosa despidiendo cortésmente al criado, le mandó que dijese de su parte á su señora, que había llegado muy á tiempo el presente. Con esto, entre tanta multitud de prodigios, su madre confusa y atónita, comenzó á preguntar cuál pudo ser la causa que movió á la mujer de D. Gonzalo á enviar un esclavo desde su casa y á tales horas, siendo tan entrada la noche, y quién pudo dar noticia á aquella señora de la necesidad de su hija; y quién decir á Rosa que venía el esclavo con chocolate. Finalmente la mandó con estrecha obediencia que dijese claramente por dónde supo que á tales horas le enviaban de casa del contador chocolate. Respondió sonriendo la obediente hija: «No te admires dulcísima madre, que mi Angel de Guarda muchas veces se digna de hacerme agasajos de este tamaño. Al instante que sentí el desfallecimiento del estómago en la celdilla del huerto, envié á mi Angel que diese á entender de mi parte á Doña María de Usateguí que necesitaba de este socorro. El cumplió al pie de la letra lo que le dije; y yo estaba muy cierta que no había de faltar al empeño. Con esta confianza y seguridad dejé la celdilla, vine á tu cuarto y sentéme para esperar el esclavo del contador y para partir contigo el regalo del chocolate.» Admiróse su madre de que tan brevemente y tan á punto hubiese venido el obsequio del Angel, y mucho más, advirtiendo que esto mismo no ponía en admiración á su hija; argumento claro de que estaba muy acostumbrada á recibir semejantes favores de mano del Angel.

Otra vez en la misma celdilla, pasada media noche, esperaba la virgen que la llamasen á recogerse en casa, como era costumbre, para tomar reposo. Solía su ma-

dre á las once de la noche bajar al huerto, abrir la puerta, y en saliendo del jardín su hija, irse á su aposento. Mas aquella vez, ya porque creyese que se había recogido, ó ya porque ocupada en otras cosas, se le había pasado de la memoria, olvidóse de bajar al huerto y abrir la puerta, para que entrase la virgen. Ella, viendo que esperaba en vano á su madre, entre tanto que dudaba lo que debía hacer, mirando por una pequeña ventana vió cerca de sí una sombra blanca que se movía con agilidad. Esta la hacía señas para que la siguiese hacia la puerta de la casa. Por los indicios y señales exteriores fácilmente conoció, aprendiéndolo de Santa Catalina de Sena, que era su Angel de Guarda disfrazado en aquella sombra; y así con toda confianza le fué siguiendo. Llegaron entrambos á la puerta del huerto, que se abrió luego con sólo tocarla la sombra sin valerse de llave. Hecho esto, el guía, tomando la delantera, paró delante del aposento de la madre de Rosa y desapareció.

Ya que se trata de la familiaridad con que hablaba Rosa con su Angel tutelar, razón es que se refiera aquí la historia siguiente, testimonio indisputable de que esta virgen disponía al parecer á su albedrío, no sólo de su Angel, sino también del de otras personas. Cierta religioso que había de acompañar á un prelado eclesiástico por muy ásperos y muy largos caminos, representó su necesidad á la virgen, pidióla sus oraciones para que Dios le librase de peligros en viaje tan prolijo y tan dificultoso. Y como era tan pronta y tan generosa para socorrer y ayudar á sus prójimos, prometió encomendarle á Dios, como lo hizo con muchas veras; pidiendo también á su Angel que guardase al caminante de todo mal. Partió el religioso muy consolado y muy seguro con la promesa; porque sabía lo mucho que valían las oraciones de Rosa con Dios y con los ángeles. No se halló burlado en sus esperanzas, porque corrió desde Lima hasta el Potosí, seguro entre varios peligros y múltiples ries-

gos. De allí adelante sintió que faltando las oraciones de la virgen, también le faltaba la tutela y asistencia cuidadosa del Angel. En efecto, caminando desde el Potosí á Trujillo, padeció mucho en sus profundísimos valles, y apenas pudo escapar con vida. Vuelto á Lima se quejó amargamente de la virgen en su ausencia y después en su presencia, porque en medio del viaje le había privado del auxilio de sus oraciones. No negó la verdad Rosa: sólo le preguntó cómo había llegado á conocimiento de esto? A lo cual respondió él: que desde Lima al Potosí había escapado felizmente de todos los peligros, lo que era efecto claro de la asistencia del Angel; pero que desde Potosí á Trujillo todo le había sucedido al contrario; por lo que no pudo dejar de persuadirse que Rosa no continuaba la oración prometida; y que por esto su Angel había levantado la mano de la asistencia con que le libraba de los peligros y desviaba los riesgos. Dijo entonces Rosa. No fué sin fundamento la conjetura; pero has de saber que te sobrevinieron estas desgracias, porque no eras el mismo que solías. Después, concretando más el asunto y especificando cosas muy singulares, dió aviso al religioso de algunos secretos que él solo podía saberlos, y que habiendo sucedido en tan lejanas tierras, no pudo saberlo Rosa, sino por revelaciones de los ángeles.

Cuanto más amaban los santos ángeles á esta doncella angélica, y más la agasajaban y asistían, tanto más la aborrecían las furias infernales y procuraban hacerla daño en público y en secreto con fraudes y á la fuerza y por cuantos medios se hallaban al alcance de su malicia infernal. Era gran tormento para el demonio la celdilla estrecha del huerto, teatro de incomparables favores que recibía del cielo. Causábale indecible dolor al soberbio espíritu ver que solo allí no era temido, siendo quien se encastillaba en aquel aposento una doncella sin fuerzas, sin armas y sin años; y mucho más, que haciendo palestra y liza de aquella soledad, se atreviese á desafiarle. El príncipe de las tinie-

blas no atreviéndose á cara descubierta, ni entre la claridad del día, como traidor y cobarde, á presentar batalla á la virgen, la acometió, valiéndose de las sombras tenebrosas de la noche. Era su forma de un alano disforme, feo y negro como la misma pez, cercado de llamas rojas que daban luz confusa, con la que podía distinguirse la fiera corpulencia del enemigo. Despedía fuego hediondo por los ojos, narices y orejas. Con esta forma horrible y fantástica daba vueltas junto á la virgen, cuando se encontraba ésta en oración. Hacía ademanes con que infundirla miedo; mostrábale los dientes, que eran crecidos y formidables. Tenía la lengua sacada y el olor que despedía era de azufre quemado y casi intolerable; levantaba en alto la cola y las orejas, haciendo como que quería arremeter á Rosa, despedazarla y tragársela. Y no sólo pretendía atemorizarla, sino ejecutar su rabia en ella, si pudiera; porque viendo que la virgen se estaba sosegada y le despreciaba la acometió de un salto, intentando destrozarla con manos y dientes. Finalmente, viendo que no podía ejecutar su furia, con atrevimiento furioso, la arrastró por la tierra, tirándola á una y otra parte, como si fuera un trapo viejo y roto. Ofendida Rosa de su temeridad, aunque sin temor ni miedo del enemigo, llamó en su favor al Esposo con las palabras del salmo, que dicen: «No entregues, Señor, en manos de las cruentas bestias del infierno las almas de los que te alaban y confiesan.» No fué necesario valerse de otras armas para poner en huida al cobarde enemigo. Apenas oyó aquellas palabras, desmayado y sin fuerzas, vencido, quebrantado abandonó el campo y huyó ignominiosamente, soltando la presa. Rosa, hallándose sin daño, admirada de la bondad divina, sosegado el corazón, sin susto y sin miedo, volvió con toda quietud á proseguir su oración.

Saliendo otra vez del oratorio del contador para entrar en una pieza algo más retirada, de improviso la saltó el maligno espíritu, que estaba esperándola y

acechándola. Dióla una bofetada con cuanta fuerza pudo, si bien fué mayor el estruendo que el daño; pues ella, sin sobresalto ni turbación, se quedó riendo del enemigo, pronta y dispuesta á ofrecer la otra mejilla para recibir segundo golpe, si el contrario se atreviera á manifestarse. Estando otra vez en casa de D.<sup>a</sup> Isabel Mejía, no teniendo ánimo el espíritu vil para acometerla cara á cara y frente á frente, por las espaldas y desde lejos la tiró una piedra pesada con tanto ímpetu y pujanza, que la derribó en el suelo. Ella, sin turbarse y sin recibir daño, se levantó al punto con más alegría que habia caído, echando en cara al demonio su flaqueza y cobardía. El espíritu maligno, confuso y corrido, viendo el brío de la triunfante virgen, desahogó la rabia que contra ella tenía y se desquitó haciendo presa en los libros espirituales por donde leía; entre estos en el de mayor estimación para ella, que era un tomo de Fray Luis de Granada, con cuya lección dividía los tiempos que meditaba. En este se desquitó de la cólera el enemigo, rasgando, haciendo añicos y arrojando á lugares sucios los libros de la santa, pensando haber hecho con esto una gran hazaña y que era empresa gloriosa haber podido robar algunas de sus armas á la invencible y valerosa amazona. No logró, sin embargo, el demonio lo que pretendía; porque la virgen recuperó después su libro y avergonzó al ladroncillo ratero que habia hecho el hurto, y para mayor desprecio no le nombraba por otro nombre que con el de *sarnoso* y *malagata*, que son lindos nombres para la soberbia, de que se halla dominado.

En otra ocasión, después de haber dado fin á la oración en el mismo oratorio, al ponerse el sol subió la virgen á un aposento que estaba en lo más alto de la casa, por ser más secreto y más á propósito para percibir las dulzuras de la contemplación. Halló una infinidad de ratas que saltaban, se mordían, chillaban, corrían de un lugar á otro, ya por las paredes, ya por las alacenas y vasares, ya entre las tejas; y como si andu-

vieran á caza, con estruendo confuso lo turbaban todo. No había que esperar quietud; porque lo inmundo del lugar y el crecer las sombras de la noche convidaban á tales animales, cuyo natural es huir de la luz, y buscar los lugares sucios y tenebrosos para hacer de las suyas. Con esto Rosa mudó de parecer y trató de bajarse á otro aposento, que caía en lo más hondo de la casa, buscando donde esconderse para gozar de quietud. Estaba allí la despensa, donde se encontraban amontonados los instrumentos de la vendimia, calderas, cuévanos y otras cosas de este género. Apenas entró la virgen, de repente se asustó y se le espeluznaron los cabellos, porque conoció que allí la estaba esperando como en barrera el *sarnoso* para pelear con ella. Y no queriendo rendirse al miedo, mandó á una criada pequeña de la casa que por allí pasaba que encendiese un candil, y en trayéndole la despidió, encargándola que á ninguno dijese donde quedaba y que no la llamase para cenar. Se había apartado ya la criada largo trecho, y apenas cerró la puerta la virgen, cuando oyó que de repente el demonio echó la llave por de fuera, dejándola como presa y sitiada. Cerrada pues ya en la despensa, reparó que el furioso enemigo se entretenía en hacer mucho ruido desde una grande espuerta donde estaba metido. Pareció á Rosa indicio de poco valor y falta de bríos trabar la batalla con tan cobarde competidor, valiéndose del ánimo que podía darla tener la luz encendida, y que no era valentía usar de socorro humano. En consecuencia ella misma con su mano apagó la luz, provocando al enemigo para que dejando la infame trinchera de la espuerta que ocupaba, presentase la batalla en lo anchuroso del aposento y que pelease en el campo abierto, y así decía: «Hola, miserable, hola, puerco sarnoso, salid acá, que aquí os espero; salid si os atrevéis, si tenéis ánimo, si algo valéis, veámoslo ahora. No hay sino descargar todos los tiros que tenéis prevenidos y os ha permitido Dios contra este vil cuerpecillo mío. Bien cierta estoy que no

podéis tocar al alma, que este salvoconducto de que no os podáis atrever á ella me le ha dado mi celestial Esposo, porque es muy suya y corre por su cuenta. Comenzad la batalla, bestia armada de puntas de asqueroso animal, acometed ya, ¿qué hacéis? ¿Cómo no salís? ¿Qué cobardía es esta?» No tardó en salir el enemigo oyendo el desafío, á su sentir tan arrogante como altivo. Saltó en un punto de la espuerta, se plantó en medio en ademán de pelear, y pareció en forma de gigante desmesurado. No tembló Rosa; pero el demonio, asiéndola por los hombros y apretándola, comenzó á bregar furioso con ademanes de hacerla pedazos entre sus manos; y para duplicar los temores, hizo que experimentase con su tacto cuán duros y poblados de espinas de erizo estaban sus brazos. Con estas armas peleaba contra una virgen desarmada, empleando contra ella su fiereza. Ya la arrojaba como pelota, ya la arrastraba sin piedad alguna, ya la acoceaba con furia desesperada, ya la golpeaba con furor y saña, de suerte que parece la había molido todos los huesos, desencajado los hombros y apartado los nervios de todas sus coyunturas. Pero cuanto estaba el cuerpo más maltratado, el espíritu estaba más valeroso; el corazón fijo en Dios se reía del enemigo, despreciábale y burlaba las iras y la locura del gigante furioso. Muchas horas duró la lucha tenebrosa, con grande afrenta y descrédito del contrario, que perdiendo las esperanzas de la victoria se contentara con sacar un gemido ó una señal de miedo, y aun esto no pudo. Entre tanto la mujer del contador, preguntando por Rosa á los criados, supo de la muchacha en qué lugar la había dejado con luz encendida y que claramente la había dicho no la llamase á cenar. Fué á la despensa, y no divisando luz, levantó el pestillo, y por no hacer ruido, ni ser sentida, se retiró con tiento, esperando el fin de tanta tardanza. Finalmente, á la media noche se terminó el rudo y temeroso combate. Salió la virgen tan alegre en el rostro como falta de aliento por el cansancio que le había causado

la pelea. Salió, pero más contenta que nunca; de suerte que mirándola al semblante, nadie pudiera dudar que en aquellas tinieblas le había sucedido alguna aventura gloriosa para ella. Al día siguiente la mujer del contador, con mucha importunidad, alcanzó al fin de Rosa la refriese todo el suceso. Se advirtió entonces, entre otras cosas, que semejantes peleas, aunque crudas y sangrientas, no eran raras en la constante virgen, y que nunca salía de ellas con señas de temor y de cobardía.

En cierta ocasión había entrado en el huerto para soltar las velas de su piadoso afecto en oración fervorosa, cuando he aquí que ve salir de la espesura sombría de los árboles á su antiguo competidor, no ya terrible y fiero como otras veces, sino blando, alhagüeño y hermoso, casi transfigurado en angel de luz; porque el traje, rostro y disposición eran de galán y de cortesano muy compuesto, muy aliñado y á la vista agraciado y bello. Mucho pesar dió á la virgen hallar un hombre en su huerto, cosa nunca vista hasta entonces, y más cuando estaba sola y sin testigos ni compañía. No se descuidó el enemigo en jugar desde luego su artillería: comenzó, estando algo apartado á provocarla con señas y ademanes descompuestos, haciendo el papel de enamorado y aun de atrevido. Viendo esto la virgen, levantando la voz, detestó y maldijo la visión, y volvió las espaldas al fantasma; y la que había hecho rostro con invencible brío á las otras batallas, sólo en esta, que era de castidad, buscó el triunfo en la fuga, al parecer cobarde, para asegurar la victoria. Apenas llegó á las puertas del huerto, en donde se recogió volando más que corriendo, hizo alto en el portal, que estaba cercano, y echando mano á una cadena de hierro, ensangrentó las espaldas, como si fuera culpada; repitió los crueles golpes, dando quejas amorosas á su divino Esposo entre los ríos de sangre y de lágrimas que corrían de sus ojos y de sus hombros; porque en lance tan peligroso y de tanta angustia y congoja, se

había ausentado. Decía que no era creible que si estuviera presente se hubiera atrevido á ponerse á sus ojos aquella imagen de impureza disfrazada de hombre, con lo que tanto riesgo podía correr su castidad. No tardó mucho en consolarla el amante Esposo, aparecióse luego, dejóse ver muy á las claras y la dijo: «Oye Rosa, atiende. Pues qué, ¿piensas que si yo no te asistiera presente, pudieras tú haber conseguido tan feliz victoria?» Fué este consuelo de grande importancia para la vencedora virgen y lección de grande enseñanza. Semejantes son estos lances á los que sucedieron á Santa Catalina de Sena en otra lucha muy parecida, cuando á semejantes quejas la respondió también Cristo: «Mientras peleabas, mientras vencías, dentro de ti estaba y en tu corazón mirando la pelea, dándote socorro, ayuda y fortaleza.»

Entre los muchos dones de que gozó Rosa, era uno de los más eminentes y admirables, como rectificaron sus confesores, el tener gracia especial de discreción de espíritus para distinguir las visiones verdaderas de las que son ilusiones del demonio y sugerencias astutas de la antigua serpiente. Y es de mayor asombro haberla dotado el cielo desde sus primeros años con esta singularísima prenda, que le valió mucho á ella y fué de gran provecho para los prójimos. Tanto es así, que jamás se le ofreció tentación tan fraudulenta ó engaño tan disimulado que no le descubriese desde el principio, confundiendo al enemigo y quitándole las armas. Causa admiración considerar cuántas victorias alcanzó por solo este medio de las acometidas engañosas del infierno. Aun siendo muy niña, examinándola el confesor, dió eruditamente su parecer y censura en orden al modo de distinguir las verdaderas revelaciones de las falsas, por medio de reglas tomadas de los efectos que unas y otras dejan en el alma. Decía que aquellas eran ilustraciones divinas que dejan en el alma mucha humildad, afecto de reverencia, conocimiento de la propia vileza, orden y unidad en el corazón y gozo en Dios.

Que al contrario, las que son sugerencias del demonio, dejan soberbia, confusión, división del corazón, complacencia de sí, inquietud en orden á las cosas de Dios, oliendo siempre á la pez y á la inmundicia de su malvado autor. Esta era la misma doctrina que Cristo enseñó á Santa Catalina, y de ella lo aprendió, como de única maestra, nuestra virgen Rosa.



### CAPÍTULO XVIII

Rosa oprimida con persecuciones, enfermedades y trabajos, se dispone gloriosamente á ejercitarse con fruto en la escuela de la paciencia.

**L**AS espinas nacen y crecen con las mismas rosas, sin que se encuentren jamás sin ellas. Lo mismo sucedió en nuestra virgen. Se hallaba todavía en la cuna y la que era rosa en el nombre y en la hermosura, se hallaba cercada ya de las espinas punzantes de los sufrimientos. Cuando solo tenía nueve meses de edad se le secaron á su madre los pechos, faltó la leche, y el corto caudal de sus padres era obstáculo para traer de fuera ama de cría. Aquí se descubren ya los primeros abrojos que pisó en este mundo la que había de caminar en adelante sobre ellos. Procuraba su madre suplir con puches líquidos la falta de la leche; pero era tan pequeñita la boca, que sin tormento suyo, ni podía entrar la cuchara, ni recibirlos la niña, y no por eso lloraba por la falta del sustento. De esta suerte y tan al principio de la vida co-